

no serán las únicas. Y surgen las preguntas: ¿Se quedará en un lavado de cara?, ¿en la construcción de una serie de edificios monumentales? La ciudad del 92 no va a ser hija,

sino hermana gémela —unos minutos más joven— de la que tenemos ahora. ¿Y qué tenemos? ¿Hay algo más allá del embotellamiento cotidiano? ¿Hay algo más aparte de la es-

peculación frenética? ¿Hay algo más aparte de los falsos respetos a los edificios centenarios y el canje de sus antiguos habitantes por empleados de nueve a cinco? Perdida la euforia de

hace unos años, ¿le queda al ciudadano de las urbes grandes alguna simpatía por lo que le rodea? Y el caso es que, en cuestiones como ésta, no vale el no sabe/no contesta.

D El resto es fachada

Manuel de las Casas

ESDE comienzos del siglo XIX, con el acceso de la burguesía al poder y el éxodo del campesinado hacia los centros de producción industrial, es decir, con la aparición del proletariado, la ciudad no puede olvidarse del sistema residencial.

La búsqueda de soluciones a los problemas derivados de la necesidad de resolver el alojamiento de las clases obreras, desde posiciones utópicas, idealistas y realistas, se convertían en el centro de atención de los responsables de la ciudad y de la Arquitectura en el último siglo, hasta tal punto que, si el movimiento moderno de la Arquitectura hubiera que definirlo desde uno solo de sus aspectos, yo me atrevría a hacerlo por el diseño de este tejido residencial

y por su interés en la búsqueda de unos modelos, urbanos y arquitectónicos, capaces de producir una vivienda y una ciudad, más racional, más higiénica.

Pero este gran impulso que produce las ciudades en las que hoy vivimos, pierde su tensión en la mitad de los 60 y el gran esfuerzo que la sociedad realizó en estos 100 años por buscar modelos de colonización del territorio, desembocan en unos planeamientos abstractos, convirtiéndose para los promotores públicos y privados en unas reglas de juego donde moverse para obtener el mayor beneficio económico.

En los años del desarrollismo económico, llenos de esfuerzos, no sólo se abandona el control del diseño urbano y la unidad residencial, sino también el ritmo en el diseño de la vivienda. Las experiencias estéticas de los años 40 y 50 son olvidadas y se recurre a la convencional tipología del Bloque en H o de la torre derivada de él, que a pesar de su inadecuación para edificios de más de cuatro plantas, y en general para resolver convenientemente los problemas de soporte, es la que más fácilmente se aproxima al cumplimiento de la normativa —como si ésta garantizase una buena arquitectura— y más cómodamente agota el volumen edificable que unos planes, evidentemente especulativos, adjudican al suelo.

Hoy, grandes operaciones de remodelación están en marcha debidas a causas diversas: realojamiento de núcleos de población que todavía viven en viviendas infradotadas, recuperación de terrenos que tuvieron otros usos, el lógico crecimiento del parque residencial, etcétera. Y estas operaciones coinciden con un nuevo modo de entender la ciudad y la Arquitectura. Y la concepción es lo suficientemente amplia como para que se puedan considerar, desde el diseño de la célula (la vivienda), hasta problemas de índole urbana, y así están apareciendo nuevas propuestas morfológicas que resuelven más acertadamente los problemas que la residencia urbana y la ciudad tienen planteados.

El avance en los modelos posibles de ciudad es escaso. Lo que un día nació para solucionar una ciudad de un millón o millón y medio de habitantes, no es, tal vez, suficiente para resolver una de más de cinco.

Aunque, si estas consideraciones formales no van acompañadas de una buena política de uso, la ciudad, como está ocurriendo hoy en Madrid, puede cambiar la cara, aparecer renovada, y ocultar una transformación que, a medio plazo, será realmente lamentable e irreversible. Me refiero a la tercierización del centro. Las ordenanzas de protección del casco son muy poco cautas en este sentido y en las zonas céntricas de lujo de Madrid se está produciendo una fuerte implantación de oficinas que acabarían dejando muertas al uso urbano importantes áreas del centro, y si eso ocurre, ¿qué habremos protegido?

Manuel de las Casas Gómez es catedrático de proyectos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

Hoy, grandes operaciones de remodelación están en marcha debido a causas diversas. Y coinciden con un nuevo modo de entender la arquitectura

Y Las trampas del pesimismo

Francisco Javier Carvajal

O soy optimista. No ingenuo, ni iluso. Ni tan idealista como me reprochan algunos (aunque, en el peor de los casos, siempre es más constructivo pecar de eso que de pesimista). Pero creo en la capacidad de reacción de la sociedad, en nuestro talento creativo (al menos, en el terreno artístico nunca hemos dejado que inventen ellos).

Eso no significa que no me preocupe la profunda y grave crisis del presente, la falta de imaginación, de responsabilidad y de ética, la pérdida de valores y el peligroso vacío que ha dejado el haber quemado, rápidamente, el caudal de ilusión que los españoles han podido tener hace sólo unos años.

Pues bien, a pesar de ello, sigo pensando que habrá —que hay— una recuperación, aunque sea lenta, y que se avecinan grandes cosas para nosotros y para el mundo (lo que me fastidia es que muchas de ellas, quizás, no las podré ver).

¿Qué qué tiene que ver esto con la ciudad? Pues todo. La ciudad es algo en continuo movimiento, siempre en marcha. La ciudad es *histórica* en el sentido más profundo, aunque luego unas ordenanzas rígidas y chatas confundan lo *histórico* con lo *muséístico* y consagren lo muerto. La ciudad recibe y nos devuelve los problemas, las deficiencias, la corrupción, la ausencia de ideas... y la vitalidad, el sentido de futuro, la generosidad para planificar con tiempo y sin pensar en las inmediatas elecciones, la libertad ciudadana para no esperarlo siempre todo de las instituciones.

Lo malo es que, en esta época de crisis por la que estamos atravesando, todo se ordena y legisla desde el pesimismo más feroz, desde el conservadurismo más sofocante. Instituciones y ciudadanos desconfían unos de otros y el resultado son esos comentarios que todos hemos escuchado (y quizás hecho): *Esto no tiene remedio, esto no hay quien lo arregle, esto no tiene solución*. Pero, ¿quién ha dicho que eso sea así? ¿Dónde está escrito que el tráfico, por poner un caso, es un problema insoluble? ¿Dónde que haya que conservar lo viejo —ojo, no lo antiguo y bueno— sin arriesgarse nunca? ¿Dónde estaríamos si al hombre le hubiese asustado salir de la caverna?

Pues así estamos, atrapados en una normativa urbana sin diálogo posible, en un plan para Madrid, por ejemplo, que no contiene opciones. Lo paradójico es que, junto al pesimismo institucional y social (o precisamente por él) hay una tendencia a fiarlo todo a la suerte, al azar, a que otros nos saquen las castañas del fuego (la loto o la integración a Europa, tanto da) y no se trabaja para el futuro.

Lo tenemos muy claro con el famoso asunto del 92. O del 93, que aún es más importante. Todo se nos va —o se les va a las autoridades— en hablar de la ciudad del 92. Del glorioso Madrid cultural del 92.

Pero, ¿dónde están esas ciudades? ¿Dónde está ese Madrid? Tendríamos que ver ya los planes, esa ciudad tendría que estar ya ante nuestros ojos. ¿Qué haremos? Una capital cultural del mundo... a la que nadie podrá llegar porque se habrá quedado en el embotellamiento de Barajas?

Los planes ambiciosos requieren que se comience a trabajar ya. Y con un sentido amplio de las cosas porque la ciudad, hoy, ya es algo que afecta a todo el conjunto de la nación: las diferencias campo-ciudad han desaparecido, la planificación requiere concepciones más extensas. Los grandes planes requieren imaginación. Y los controles necesarios para evitar abusos, pero no para cerrar el paso, sólo y exclusivamente, a las ideas y a la capacidad de riesgo.

Francisco Javier Carvajal es arquitecto y profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid.

En esta época de crisis por la que estamos atravesando, todo se ordena y legisla desde el pesimismo más feroz, desde el conservadurismo más sofocante

C La región más transparente

José Agustín Goytisolo

UANDO una gran capital, en su desarrollo, asimila territorialmente a otras ciudades o zonas metropolitanas de su entorno, antes alejadas de su núcleo, se produce un fenómeno llamado conurbación, paso previo a la formación de una megalópolis.

Las grandes capitales son siempre deficitarias: significa esto que el resto del Estado, que el país, debe invertir dinero en el mantenimiento de una capital de ese tipo. En ocasiones, el déficit es cuantioso, casi insostenible, y políticos, economistas, urbanistas y sociólogos se afanan buscando soluciones para frenar o detener la tendencia que ha desarrollado, como si de una enfermedad se tratara, esa ciudad.

En la actualidad, la ciudad que mejor ejemplifica esta tendencia a convertirse en megalópolis es México, capital mítica, considerada por los aztecas como situada en el centro del universo, llamada también la *región más transparente*, como Carlos Fuentes recuerda en el título de una de sus obras.

El mito de la creación de esta ciudad de dos nombres (México-Tenochtitlán) arranca de un antiguo relato según el cual siete familias aztecas, por consejo de su jefe o guía espiritual y político, decidieron seguir al ave sagrada Tíhui para que les indicara el lugar en donde deberían alzar su capital.

El ave se detuvo al borde de una laguna, durante una noche que iluminaba una luna naciente (*Metzli Yaco*, luego México o «delante de la luna»), y al día siguiente los aztecas vieron que el águila volaba con una serpiente en el pico cerca de un nopal (*Tenoch Títlán*, «junto al nopal»).

La laguna, situada en un valle en el interior del país, no parecía muy apropiada para ser asentamiento de una ciudad; pero así la vieron Cortés y sus hombres, y así la describen los cronistas de la época. Después, y a medida que crecía, fue necesario proceder a su desecación. Los dos desagües más importantes se realizaron mucho más tarde, uno a fines del siglo XVIII y el otro a fines del XIX.

Destruida la ciudad azteca y vuelta a reconstruir por los mismos conquistadores siguiendo la distribución originaria india se sabe que México capital tenía más de 50.000 habitantes en aquella época y que creciendo aún pausadamente alcanzó los 100.000 a mediados del XVIII. Luego, desde la independencia de la colonia hasta finalizar el XIX, la población se acercó al medio millón de habitantes. En este siglo y desde 1910, año de la revolución, hasta el millón.

La centralización siguió, y México tenía más de un millón y medio de ciudadanos en 1940. Y a partir de aquí comenzó el gran salto: 18 millones en 1988.

De no detenerse este proceso de crecimiento acelerado y de producirse una conurbación de México, Distrito Federal, con otras zonas metropolitanas próximas, ya de su mismo Estado o de Estados limítrofes, como son las ciudades de Puebla, Toluca, Tlaxcala y Cuernavaca, la población de tal megalópolis sería al comenzar el siglo XXI, de más de treinta millones de habitantes, es decir, la primera ciudad del mundo en población.

Los actuales programas de descentralización metropolitana, de reorganización y ordenación del territorio y de desarrollo urbano del Distrito Federal, que el Gobierno ha emprendido últimamente intentan evitar que México se convierta en un hormiguero, en un caos urbano rodeado de bolsas de miseria. Quizás se llegue a tiempo de evitar tal catástrofe, pero ya actualmente México capital ya no es la región más transparente.

José Agustín Goytisolo, escritor y poeta, trabajó diecisésis años como urbanista en París.

Las grandes capitales son siempre deficitarias: significa esto que el resto del Estado, que el resto del país debe invertir en ella